

cipios del presente, y que comprendieron la crítica como trabajo de exégesis didáctica. Los estudios literarios de esos críticos fueron juicios objetivos, procesos retóricos y comentarios gramaticales. Un volumen de poesías entre sus manos sacrilegas, se convertía en cuaderno de ejercicios: en sus márgenes apuntaba el maestro las faltas de sintáxis y bajo las líneas de las estrofas, hacía rayas azules para indicar los aciertos. Corneille, entre las garras de Voltaire, resulta defectuoso; Shakespeare, entre las manos de Moratín, no es digno de admiración ninguna, y Chateaubriand, entre las notas del abate Morellet, parece abominable. Pero si quisiéramos escoger el tipo más perfecto y menos simpático de esa pléyade numerosa de analizadores anodinos, tendríamos que recurrir á don José Gómez Hermosilla. Boileau supo, al menos, encerrar sus teorías mezquinas en los endecasílabos de un poema perfecto; el traductor castellano de la *Iliada* no supo sino dar forma soporífera á sus comentarios de retórico. Creo que no existe un solo literato moderno que haya leído por completo sus juicios sobre Moratín y sobre Meléndez (aunque Martínez Ruíz pretenda haberlo estudiado). Yo, al menos, nunca supe sino hojearlos: esa manera implacable y ridícula de examinar las estrofas, verso por verso, me llenó siempre de estupor. Y euando, por mera casualidad, tropiezo con los juicios en que el viejo abate Morellet examinaba, frase por frase, las páginas sublimes de *Atala* y de *René*, me acuerdo de aquellos días en que un profesor de gramática ponía comas y acentos á nuestras transcripciones de Horacio...

...¡ Ese tiempo pasado no fué mejor!

— No, mi querido maestro, ese tiempo no fué mejor. Nuestra época puede ser inferior á las grandes épocas literarias y á los famosos siglos de oro... Pero es muy superior á la época de Luzán, de Morellet, de Hermosilla.

Valbuena sonreía sin contestarme. Sonreía irónicamente pensando con íntima nostalgia en el ciclo de sus predecesores, durante el cual él hubiera podido ser, gracias á su sabiduría gramatical y á la pureza algo pálida de su estilo, uno de los grandes tiranos de la literatura... Sonreía.

Al fin me dijo algo para excusar sus admiraciones y sus odios:

— Yo no dudo del talento de mis contemporáneos... pero la lengua... la tradición... Y el tradicionalismo es indispensable en las letras... Hay una religiosidad de estilo, como hay una religiosidad del alma...

Siguió hablando... Pero yo no percibía ya sino su nostálgica sonrisa... Y la cicatriz que divide el labio inferior del maestro, me hacía ver, en esa sonrisa, dos sonrisas...

*
* *

JUEVES. — Al volver del restaurante de Niza, en donde mis compañeros en artes y en letras acaban de festejarme, en donde el vino se ha aguada por sí mismo en la vivacidad de la charla, sin brindis ni discursos, en donde todos los que creen en nuestra regeneración intelectual discutían en serio mis

ideales y mis tendencias, me entregan un número de *Barcelona Cómica* que contiene una crónica contra mí, firmada con el pseudónimo de Marquina.

He aquí algunos párrafos de dicha crónica :

« ¿Pero qué debe figurarse Gómez Carrillo que es el arte? Hablando de Toulouse Lautrec y de la infeliz Goulue, tiene ocurrencias horribles... Pues no, señor Gómez Carrillo, no le juzgamos á usted superior, ni despreocupado, ni artista, ni nada... Cuantas porquerías pueda usted decir en una de esas *cosas* que escribe, las habíamos oído antes en el patio de las universidades al más *imbécil* de nuestros compañeros... Usted tiene la poquísima vergüenza de soltar vaciedades... Los títeres y los Gómez Carrillo... »

No hay duda de que esos párrafos son insultantes y de que hay en ellos, además de un gran odio contra mi personalidad literaria, un deseo manifiesto de desagradarme. Sin embargo, no sólo no me desagradan, sino que, por el contrario, me gustan.

Que Clarín, Bonafoux, Palacio Valdés, Valera y algunos otros me digan que no valgo lo que creo valer, y ya me tienen ustedes triste y nervioso. Pero que un señor López ó Pérez me insulte, y me verán ustedes reír de buena gana.

El arte de molestar es el más difícil de los artes. Para ejercerlo se necesita, ante todo, existir. Luego se necesita ser griego en la buena acepción de la palabra, es decir, tener medida, tener ponderación, buscar el punto sensible y no atacar á Goliat en el pie y á Aquiles en la cabeza.

El señor Marquina no sabe acometer. Su artículo no me ha hecho daño ninguno. Yo suelo decirme

cosas mucho más agrias y que me hacen más daño que sus insultos. Pero yo, para mí mismo, soy alguien, mientras que el señor Martínez no es nadie para mí.

Un consejo : Marquina, amigo mío, ha hecho usted mal en insultarme, porque se ha puesto usted en ridículo. Usted debe tener veinte años. Á esa edad lo mejor es escribir un poema y mandarlo á quienes ya tienen fama. Usted debió haber hecho un libro cualquiera, nos lo debió mandar, debió esperar nuestras cartas de felicitación. Y una vez nuestros elogios escritos, hubiera usted podido atacarnos más impunemente. Usted no es un stendhaliano, amigo Marquinez.

Lo que me extraña es que Ortega, que es un editor de verdadero talento, un hombre que sabe escojer á sus colaboradores, permita en *Barcelona Cómica* los desplantes de cualquiera. ¿Estará de viaje mi amigo Ortega?... Hace mal en alejarse, porque el ojo del amo vigila al Martínez.



VIERNES. — En la redacción de *El Progreso*. — Lerroux vuelve de la cárcel como otros vuelven del campo, y Luna parece más contento de la vida, después de haber pasado diez años en presidio, que antes de ser encerrado por la primera vez.

Ambos escriben. Y así como Sarcy conocía en el modo de coger la pluma cuando uno de sus compañeros disponiase á ser irónico, así yo comprendo

por sus sonrisas que los dos valientes periodistas cultivan el ataque peligroso.

— ¡Cuidado con la cárcel!

Los dos sonríen. — ¿Con nostalgia? — Tal vez no; pero sí con indiferencia, como diciendo que para ellos estar encerrados en la calle de la Montera ó estar algo más lejos, en la Modelo, resulta lo mismo.

— No lo hagas, porque repites — decía Pedro hablando del vicio á Pablo.

Yo digo: No vayas á presidio, porque vuelves. El calvario tiene un atractivo especial. Si Cristo volviera á la tierra, se haría crucificar de nuevo. Acuérdate de Napoleón asegurando que en la guerra los que morían eran siempre los mismos...

Luna es un artista impresionable é instintivo. Irá á donde vaya Lerroux.

Lerroux, á quien todos suponen un hombre fuerte, dueño de sí mismo, gobernador de sus nervios y de sus impulsos; un hombre incapaz de dejarse dominar por el ibseniano gran-tortuoso, un Per Gint á la inversa, un Brant de la vida moderna y un Sigfrido del periodismo, no es, en el fondo, sino un loco admirable. Deseoso de sacrificarse por una visión alucinadora, adorador inconsciente de una ideal Dulcinea, lánzase, pica en ristre, á la defensa de sombras amadas, y mientras los demás sonríen tomando chocolate, él se estrella contra los muros de los presidios.

En su apacible sonrisa de hombre fuerte, hay algo de enfermizo. Bajo su blusa negra de obrero del trabajo intelectual, palpita un alma casi legendaria, dominada por la pasión ciega, por la sensación momentánea, por la nerviosidad incontrastable. Su

abundancia de vida interior, de energía psíquica, de sangre generosa, le obliga á ofrecer á cada instante su libertad y su vida en holocausto á una escéptica quimera.

En Francia sería un millonario de chaqueta. Aquí es un prisionero de frac.

*
* *

SABADO. — Lapuya me manda los periódicos de París, al día siguiente de la conferencia de la señora Pardo Bazán. En *Le Journal*, nada; en el *Echo de Paris*, nada; en *Le Temps*, nada; en *La Presse*, nada; en *Gil Blas*, nada; en *Le Figaro*, nada. *L'Eclair* en sus « petites nouvelles » de la última página dice: « La señora condesa de Bazán, muy ilustre en España, ha dado una conferencia entre amigos, para probar que España no es bien conocida en Europa. » Luego, según he visto, *L'Événement* ha consagrado á la autora de *San Francisco* un artículo entero.

¿ *L'Événement*? Yo que vivo en París, creí que ese periódico ya no existía... Verdad es que muchísimos madrileños no saben que *El Resumen* se publica aún.

No son los muertos los que en dulce calma la paz disfrutan de la tumba fría,
muertos son los que llevan muerta el alma
y viven todavía...

*
* *

DOMINGO. — En el Lion d'Or. Mientras Benavente, en un extremo de la mesa, sonríe con su sonrisa helada y hermética, alejado de todo y de todos, acariciando sin duda una visión lejana, Valle Inclán, en el otro extremo, gesticula, palpita, se mueve y se conmueve; dice lo que piensa y lo que no piensa; habla de Zorrilla y de Rueda, de Anatole France y de Virgilio; recuerda sus efímeras glorias de actor, sus aventuras de coronel mejicano, sus heroísmos de polemista; habla, habla, habla...

— En Oaxaca — dice — me llevaron á la prevención tomándome por loco y me hicieron pasar la noche en el patio. ¡Qué noche! Fué tan larga, que logré arreglar dos frases enteras para un cuento que preparaba entonces... Y tenía sueño... Tanto sueño tenía, que al amanecer, cuando los guardias llevaron á un asesinado en una camilla, lo primero que hice fué tirar al muerto por un pie y dormirme en su lugar, bajo el toldillo clemente...

Luego hablamos de nuestras habitaciones. Más ó menos, todos hemos vivido mal, en piezas húmedas y frías.

— Nadie como yo — dice el autor de *Femeninas* levantando los brazos con ademán principesco, — nadie. Porque figúrense ustedes que al volver de América lo único que me quedaba era una torre desmantelada, á mitad campanario y á mitad pozo artesiano. Pero era mi torre, y allá me fui á vivir. Para

que las ratas no me comieran, colgué mi cama en el altísimo techo con cuatro cuerdas que sirvieron, tres siglos ha, á mi tío don José, un noble de veras, para colgar á los lacayos que no sabían limpiarle las botas. Las primeras noches todo fué bien; pero al cabo de una semana, cuando recobré mis plebeyos hábitos de artista y comencé á querer dormir hasta las doce del día, los ratones entrometidos y las dulces palomas se propusieron darme pesadas bromas. Por la noche, los ratones subían por los muros y yo tenía necesidad de permanecer en vela para maullar eternamente y espantarles. De lo contrario, hubiéranse comido las cuerdas de mi lecho. Al amanecer eran las palomas las que venían á picotearme las barbas...

Una pausa. Luego, como epílogo para hacer ver la bondad de su alma:

— Empero, un día mi bisabuela, que vive aún y que suele dar banquetes, mandó á dos de sus esclavos á buscar algunas palomas de mi torre. — ¡Ah! — les dije después de administrarles un centenar de azotes — ¿palomas? ¡De ningún modo! Id á decir á mi señora bisabuela que las aves que se refugian noblemente en mi palacio, merecerán siempre mi apoyo y mi protección.

Al fin, con irónica amargura:

— Y á la madrugada siguiente me picaron más fuerte, las plebeyas...

*
* *

LUNES. — En casa de doña Emilia.

La señora Pardo Bazán recibe á sus amigos en una

vasta habitación, muy alta y muy clara, amueblada con gusto austero. En un extremo hay dos sofás y seis ú ocho butacas de aspecto conventual; en el centro una mesa de estilo gótico; en el fondo dos retratos y algunos cuadros religiosos, que acentúan la nota grave de la estancia; luego libros, libros por todas partes, sobre la mesa, sobre las sillas, en los estantes de un vasto armario, libros clásicos por lo general, entre los cuales se destacan algunas cubiertas rojas, para hacer más monótona aún la gris uniformidad de las vetustas encuadernaciones.

— Esto no tiene nada de parisiense, dice la ilustre escritura con cierto orgullo.

Y en efecto, ese salón no se parece á las estrechas habitaciones en que reciben los artistas franceses. Mas que un *home* moderno, semeja, en su frialdad suntuosa, á la estancia de honor de los antiguos castillos señoriales.

Amable con amabilidad aristocrática, y campechana sin ser familiar, altivamente campechana, en fin y orgullosamente amable, doña Emilia me hizo pensar en aquellas jóvenes abadesas del Renacimiento, que pulían sus manos como joyas, que discutían sobre ciencias diabólicas con los doctores de Bolonia, que eran supersticiosas y eruditas, escépticas y piadosas, frívolas y humildes, y que poseían ese arte, desconocido en nuestra época, de llamar « hermanos míos » á los humildes, sin perder la majestad de sus nobles actitudes.

— Como « compañeros », me dijo, podemos hablar de todo, con confianza. Yo leo todo lo que se publica, porque poseo la oportuna licencia.

Y contestando á una pregunta mía:

— *Las Damas Galantes*, de Brantome, es uno de mis libros preferidos y me parece admirable por la gracia y la frescura con que está escrito... Los literatos tienen derecho á decirlo todo, pero al escribir escenas peligrosas, deben hacerlo con mucho más talento que al contar historias sencillas. Un libro cuyo fondo sea sano, puede no ser muy hermoso, y sin embargo, ofrecer cierto interés. Los libros licenciosos han de ser muy artísticos ó muy robustos, para no repugnar... Hay libros parisienses que harían ponerse colorado á un mono, según la expresión de Feuillet... Y con talento, con gracia, con arte; pero mal empleado ese talento... muy mal empleado... Valera sí que sabe pintar cuadros picarescos de sabor bastante pecaminoso, y lo hace con tanta gracia y donosura, que verdaderamente es divino... Valera es un maestro en todo... y como es idealista, ni aun Cervantes llega á su altura...

Después de hablar ligeramente de cosas muy ligeras y de expresar con ironía bonachona su opinión sobre las generaciones simbolistas ó decadentes, el brillo malicioso de sus pupilas apagóse de pronto, y sus párpados se entornaron. Un pregunta indiscreta había despertado en el alma de la autora de *San Francisco*, el recuerdo de la época de luchas fecundas y gloriosas del naturalismo, época agitada que atravesó llevando en la diestra, como la Tritogenia de Moreas, « una égida tan fuerte que podía resistir al propio Zeus » (Zeus-Valera).

Doña Emilia parecía contemplar, en silencio, el miraje de sus años pasados.

Luego hablando lentamente, con algo de ternura en la voz, en frases breves, continuó:

— Yo casi no he vivido sino por el arte y para el arte. Á los siete años de edad, comencé á escribir y compuse unas estrofas llenas de entusiasmo para celebrar la guerra de África... ¿Conoce usted mis apuntes autobiográficos?... En esas páginas he hablado con verdadera sinceridad de mi vida y de mis aficiones... Hay anécdotas que uno no olvida nunca... Son cosas de chiquillos, y sin embargo tienen su importancia y su relativa trascendencia. Cuando yo era aún niña, solía robar libros en la biblioteca de un amigo de mi padre, y aún tengo presente en la memoria el día en que « hurté » *Nuestra Señora de París*... Usted no puede figurarse lo que sentí al leer la historia de Esmeralda, que cayó entre mis manos, empero, cuando yo conocía ya á nuestros clásicos y creo que hasta había leído la *Celestina* y la *Tía Fingida*.

» También á Homero le había leído ya con gran entusiasmo... En fin, yo no carecía *de letras*; y sin embargo, la tal novela de Hugo, me dejó casi enferma de emoción, agitando mis nervios por modo nunca antes sentido... Pero perdone usted que le hable de esto que pertenece á mis infantiles recuerdos... La niñez no tiene gran interés para usted, según creo...

En seguida con amargura verdadera en la sonrisa:

— ¡Y la mía fué tan corta!...

La señora Pardo Bazán no parece conceder una gran importancia á las anécdotas.

Nótase en ella, desde luego, cierto pudor literario que la hace huír de los detalles pintorescos relativos á su propia vida, y cierto orgullo de analizadora profesional que la obliga á no buscar en los

escritores de quienes se ocupa, sino el lado que pudiera llamarse abstracto, es decir, la idea misma del pensador ó del artista; casi nunca su vida, ni menos aun las personalidades características del hombre.

Más de una vez me sentí desconcertado, durante mi visita, al ver la finalidad enteramente literaria con que la ilustre escritora respondía á ciertas preguntas mías sobre los hombres ilustres á quienes ellas trató con intimidad en otro tiempo:

— ¿Y *Clarín*?

— No le conozco personalmente... es un escritor de algún talento...

Pero ni una palabra sobre lo que el indiscreto visitante desea saber; ninguna intimidad, en fin. Después de emitir el juicio, los labios siempre sonrientes se inmovilizan en la gravedad de un gesto impenetrable, y entre las manos aristocráticas, el *face-à-main* se agita nerviosamente.

Aun para referirse á sus propios libros, emplea doña Emilia, por lo común, un lenguaje casi impersonal.

— *La Cuestión Palpitante* fué, en efecto, uno de los libros que llamaron la atención. Aquella era una época en que se trabajaba con verdadera fe, sobre todo en las algaradas de la crítica. Aquí donde usted nos ve, todos, ó casi todos, pasamos por crisis de *teorismo*, durante las cuales creímos, como san Francisco de Sales, que de las novelas las mejores no valen nada, ó que si valen, es únicamente para hablar de ellas en estudios críticos.

Para llegar á las verdaderas intimidades, es necesario esperar que la nostalgia ó la indignación

animen á la ilustre escritora y la obliguen á hablar de sí misma. Después de referirse á su niñez, hablóme de sus primeros años de labor, me dijo el goce infinito que los pasados tiempos literarios habían producido en ella, me reveló algo de lo que hay en el fondo de su memoria y de su alma, me habló de sí misma, en fin, discretamente y como á pesar suyo:

— Se han hecho bastantes elogios de *Cuestión Palpitante*, y ese librito que yo no me figuré que fuese sino una obra de interés del momento, ha llegado, así, á ser mi producción más conocida y popular entre literatos. Yo preferiría, sin embargo, que en vez de leer la *Cuestión Palpitante*, todos leyesen otras obras mías que tienen más profundidad y que fueron hechas con más despacio, como *San Francisco*. Mi *Viaje de novios* también tuvo mucho éxito, á pesar de lo cual yo no lo considero sino como un ensayo que no le aconsejo á usted que vuelva á leer... en caso de que ya lo haya leído. *La Tribuna* la escribí con pasión artística, empleando en su preparación, un sistema muy poco usual entonces en España y ya en Francia adoptado con frecuencia por los maestros del realismo: el sistema de la observación detallada y del verdadero análisis del modelo vivo en todos los momentos interesantes de su vida, y sobre todo, en el medio ambiente en que se mueve y cuya influencia naturalmente contribuye á su evolución personal. Durante días y días fui á la fábrica de tabacos de la Coruña, para examinar á las obreras, y eso causaba extrañeza por la persistencia con que yo lo hacía...

» El público es muy asustadizo y trata siempre

de confundir, con maldad inconsciente, al artista con el caballero ó con la señora. Hace poco días, por cierto, sorprendí al embajador de Francia diciendo que le parecía escandaloso que el poeta moderno que más me guste sea Verlaine. Pero ya estoy acostumbrada á que mis tímidas simpatías literarias extrañen á los demás. Recuerdo que en París los Montmorency se hicieron cruces oyéndome elogiar el genio de Victor Hugo. *La Tribuna* es una novela algo brutal, por lo mismo que es un estudio veracísimo. Que me haya atacado por ella, casi no me extraña, pero que el *San Francisco* se les haya antojado sospechoso á algunos, si que me parece muy peregrino. El *San Francisco* mismo, fué la causa de mi rompimiento literario con el venerable señor don Juan Manuel Ortí y Lara, director de *La Ciencia Cristiana*, que, como tomista, no estaba de acuerdo con mis ideas... Por lo demás, ignoro si mis obras recientes son mejores que mis primeras obras... En todo caso estoy segura de que cada día, mi espíritu es más nacional, más cristiano y más castizo.

Estas palabras de la autora de *La Cuestión Palpitante*, me hicieron pensar en el revolucionario de quien nos habla Anatole France en uno de sus libros, y que después de haber organizado veinte motines contra el imperio, convirtiéndose, al ser elegido senador, en el más intransigente amigo del orden.

Doña Emilia misma aseguró en cierta época, que el movimiento literario español pasaba á su lado sin que ella percibiese más que un rumor lejano, que no encontraba eco en su espíritu distraído. El propio Cervantes parecía haber sido entonces olvidado por la gran escritora, que leía, sin embargo, diariamen-

te á los literatos de París, que estudiaba la lengua alemana para leer á Kant, y que empleaba sus veladas en traducir á los dramaturgos ingleses.

— Hubo un tiempo, dice doña Emilia, en que los extranjeros me preocuparon más que los españoles; y no crea usted que lo siento. Bueno y muy bueno es leerlo todo durante la época del estudio. Sólo que después es necesario no recordar sino lo que conviene, y ser siempre, en el fondo, muy del terruño. Cuando yo leía libros franceses á diario y nunca libros españoles, tenía esa edad...

Y la ilustre escritora me indicó, con su *face-à-main*, un busto de madera colocado sobre la enorme chimenea de su salón, en un zócalo hecho con dos grandes volúmenes, y representando á una mujer de veinticinco años, de facciones delicadísimas y de grave expresión...

— Esa fui yo...

En seguida, hablando rápidamente, y moviendo la cabeza como para alejar los recuerdos obsesivos de los años primaverales, advirtió, respondiendo á una interrogación:

— Me siento muy feliz, tal como soy y tal como estoy. Lo único que me entristece, al volver la vista hacia atrás, es pensar en los amigos que han ido abandonándome en medio del camino, los amigos que han muerto, y sobre todo... sí, sobre todo, los que sólo han muerto para mí, los que sin razón valedera se han convertido en enemigos míos. Porque, en verdad le digo, si usted me pregunta cuáles son las causas de la malquerencia con que muchos antiguos compañeros literarios me gratifican hoy, declaro que no las conozco, ni creo que

en realidad existan. Hoy podré ser todo lo mala escritora que se quiera; mas como sinceridad y entereza de sentimientos, nadie me pone el pie delante... Las susceptibilidades son el *acabóse* entre nuestros compañeros... ¡Cuánta vanidad!... De repente se propone uno ser agradable á alguien, y porque no le llama « genio impecable », ya le tiene como enemigo. Le mandaré á usted el artículo mío de que Valbuena le habló con tanta amargura, y ya verá usted que es elogioso... Sin embargo, no me quejo, no... Soy ante todo cristiana, y aunque á los jóvenes no les parezca natural semejante sentimiento, siéntome más dispuesta que hace diez años al trabajo y á la sana alegría. Como escritora me encuentro en la flor de la edad... y no siento el pasado... créalo usted.

Las pupilas de la autora de *San Francisco* continuaban, empero, contemplando melancólicamente el juvenil y delicado busto de madera.

— « Créalo usted », terminó.

*
* *

JUEVES. — No vaya usted al Ateneo — me dijo ayer Jacinto Benavente — porque Blasco está malo.

— ¡ Ah! ¿ Está malo?.. Pues no iré al Ateneo.

Y ni siquiera se me ocurrió agregar:

— ¡ Pobre Blasco!

... No se me ocurrió, porque, para mí, una enfermedad del autor de *Corazonadas* tiene que ser una enfermedad poco seria, ligera, casi *amena*.

Blasco metido en su cama, muy grave, tosiendo como la dama de las Camelias ó delirando como el conde de Fieschi, es una imagen que no cabe en el museo de mis visiones literarias.

El estilo puede no ser realmente el hombre, á pesar de Buffon; pero no hay dudas de que todos confundimos al artista con el ser mortal cuando sólo conocemos al primero. Un catarro de don Gaspar Núñez de Arce, se nos figura un « catarro épico », mientras una fiebre de Eusebio Blasco nos parece siempre la más insignificante de las indisposiciones.

Yo no conozco á Blasco sino por sus libros.

Una noche, en París, Luis Bonafoux me presentó á un caballero, diciéndome:

— El señor Blasco.

Durante media hora le hablé de sus comedias, de su Madrid, y de otras mil cosas vagas, que lo mismo podían aplicarse á Cervantes que á Pedro López. Luego supe que ese Blasco no se llamaba Eusebio sino Ricardo, un Ricardo que también había escrito para el teatro, que también era periodista y que también tenía talento; pero que no era Blasco.

Porque Blasco á secas sólo hay uno: el de *sus* soldados, el de *su* Pilarica, el de *su* Figaro, el de *su* España, el de *sus* recuerdos, el de *sus* cocheros, el de *su* portera Pepa, el de *sus* olores patrios, el de *sus* cementerios; el literato personalísimo, en fin, que ha resuelto el problema de ser gran escritor sin tener gran talento, de parecer muy español y muy parisiense, de ser muy aristocrático y muy baturro, muy católico y muy impío; de hacerse admirar por todo el mundo y de ser tan joven como Picón y tan viejo como el conde de Cheste.

Todos hemos leído á Blasco, y aunque ninguna de sus obras nos ha enseñado nada, ni ha dejado impresión profunda en nuestro cerebro, las recordamos con gusto y sonreímos mentalmente al pensar en ellas.

En *Notas íntimas de Francia y España* hay unas cuantas líneas que son el resumen de todo lo que el autor ha escrito en su vida. « ¿En qué consiste la riqueza — dice — sino en la carencia de necesidades? En la plaza de la Armería ó en la entrada del Retiro he visto sentadas al sol personas de todas clases sociales: un cura, dos militares, seis amas de cría, un cesante con buena ropa, viejos bien vestidos y niños sueltos cantando y bailando; gente *sobrada* que toma el aire y el sol sin afanes ni ambiciones. Bástale al día su propio afán — dice el Evangelio — y ellos también... »

Las obras de Blasco producen, en efecto, la impresión confusa y pintoresca de una feria humana en la cual todo se combina y se mezcla en un paisaje sin color y sin grandeza, pero lleno de gracia, de luz y de sonrisas.

Si es cierto que para ser un genio no se necesita más que « être le premier entre ses pairs », Blasco es el más genial de los genios, pues nadie ha sabido cultivar mejor que él ese « género chico » de la novela, de la comedia y de la crónica, que consiste en « hacer sonreír un instante á las gentes que pasan y comenzar de nuevo al día siguiente ».

Dicen que su estilo carece de brillantez y de perfección, que su ingenio tiene que recurrir á veces á invenciones de una inocencia casi vulgar, y que su cultura es bastante superficial.

Tal vez, pero lo cierto es que todos leemos con más gusto una página de *Recuerdos de Francia y España* que un capítulo cualquiera del sabio, correcto é ingenioso Balart.

Entre los escritores españoles, nadie es tan insinuante, tan ameno, tan ligero como él. En Francia misma, donde la pesadez es menos común que en España, sólo hay un cronista tan agradable como Blasco: Aureliano Scholl.

Para mí, Blasco es el Scholl de Madrid:

*
* *
*

MARTES. — ¡ La España Negra !

En la literatura francesa hay Españas de todos colores.

La de Teófilo Gautier es de oro, de púrpura y de cobalto, manchada, de trecho en trecho, por placas de blanco metálico. La Alhambra y la gran mezquita, los patios granadinos y las huertas de Valencia, el mismo Madrid, en fin, y el propio Escorial, fueron vistos por el poeta de los *Esmaltes* á la luz de un sol africano y á través de un cristal romántico. Las mujeres que animan sus paisajes son las eternas heroínas andaluzas de los cromos antiguos, manolas ó chulas de talle de avispa, de grandes y elocuentes ojos, de pie brevísimo y de alma volcánica. En la liga llevan la navaja. Un torero las aguarda. Detrás de ellas va un grande de España de primera clase, sin cuidarse de que las puede sacar un ojo con la

punta del paraguas. Un sonoro aleteo de castañuelas alegra el cuadro.

Las Españas de Musset y de Lamartine, que son color de rosa y color de cielo, se mecen eternamente al ritmo lánguido de las habaneras y dicen sus penas sentimentales en primitivas estrofas de jota. El poeta de *Rolla* sedujo á una marquesa, ofreciéndola « aquella dulce miel con vainilla de aquella tarde de carnaval »; y como esa marquesa era sevillana, solía pasearse por las floridas verdes campiñas » de Madrid y vivía en Barcelona.

¿ *Avez vous vu dans Barcelone une andalouse au sein bruni?*

No; pero no importa. Tampoco hemos visto á la novia de Lamartine que iba « de Pamplona á Barcelona » y que pasaba « *bajo* la Puerta del Sol ».

En la época colorista y heroica en que tan grandes poetas cantaban, Regnault, el gran pintor, descubría en las rutas floridas de Murcia caballos color de rosa, gitanas de rostros dorados y heroicos « mariscales », portadores de blancos y místicos estandartes.

Dannat viene más tarde — Dannat, el pintor del movimiento, del gesto sobrio, de las armoniosas desarticulaciones — y en una serie de cuadros hoy olvidados, ayer populares, nos ofrece el más agradable ramillete de flores callejeras que el españolismo francés ha producido. Las faldas blancas palpitando como oriflamas, los brazos morenos erguidos hacia el cielo, los talles flexibles plegándose con elasticidad sobrehumana, las caballeras oscuras sembradas de rojos claveles, todo el gesto clásico de la España del placer, en suma, vive en sus obras

cuya alma hizo revivir más tarde, en su *Carmencita* del Luxemburgo, otro *yankee* afrancesado: John Sargent.

Para Dumas, criollo orgulloso y desdenoso, España es una tierra de piedad y de ironía. En Madrid le ofrecieron un vaso de agua y respondió, rechazándolo: « Que se lo den al Manzanares, que lo necesita más que yo. » Al volver á Francia, dijo que « volvía á Europa ». Sus recuerdos de viaje son versicoloros, son amorfos y son invertebrados. Después de presentarnos á un catedrático que ignora á Platón, nos presenta á un camarero de café que habla en lenguaje académico de Terencio y de Séneca.

Este camarero sabio aparece de nuevo treinta años más tarde en la España anecdótica de Rosny, hablando de Kant; y algo más tarde aparece, por tercera vez, hablando ya de Sebastián Faure y discutiendo las ideas socialistas en el libro de Edouard Díaz, titulado *L'Espagne Picaresque*, viaje que hace el escritor francés deteniéndose de preferencia en las plazas de toros, en las góticas catedrales, en todos los sitios pintosescos, en fin, y descuidando, ó no queriendo ver, la parte viva y palpitante de los pueblos que recorre.

« Aquí — le dicen al llegar á Sabadell — hay cien fábricas de paño. » — Y él contesta: — « ¡ Parece mentira ! »

Réné Bazin, en cambio, trata de no ver en España sino el aspecto moderno. Bilbao con sus minas, Barcelona con sus manufacturas, Cádiz con su comercio de exportación y Madrid con su vida de inmenso hormiguero, le atraen y le entusiasman. En sus « Recuerdos de viaje », los paisajes de sol inten-

so y de montañas azules, son menos numerosos que las vistas urbanas, las perspectivas de calles populosas y de techos uniformes. Tal vez no sea ésta la más bella de las Españas, pero sin duda es la más real y la más justa.

La más injusta España es la de Lorrain. — Lorrain vino considerando el libro de Gautier como un guía *non varietur*; vino para ver andaluzas en Barcelona; para pasar *bajo* la Puerta del Sol, para recoger por las calles de Madrid los claveles que las manolas van sembrando á su paso rápido y rítmico; vino en busca de bandoleros, de rejas misteriosas, de mujeres siempre bellas; vino creyendo que iba á encontrar en la estación del Norte un fraile con una carabina, una marquesa del brazo de un torero y un duque vestido de Fra Diávolo; vino lleno de románticas ilusiones, en fin, y encontró, en Madrid como en Barcelona, el eterno París pequeño de todas las capitales europeas. Sus memorias de viaje son notas marginales al libro de Gautier. « Las madrileñas — dice el divino Theo — tienen los ojos muy negros y las manos muy blancas. » Lorrain apunta: « Mi patrona tiene los ojos amarillos y las manos negras. » Luego continúa asegurando que en Barcelona las mujeres son feas, porque no llevan mantillas, sino sombreros franceses; que en Granada no hay patios, porque su hotel es una casa de seis pisos; que las calles de Madrid carecen de alegría, porque en vez de diligencias tienen tranvías eléctricos. Las últimas palabras de su libro son éstas: « Madrid es la ciudad más fresca de España en el verano. »

La España que Maurice Barrès nos presenta en su *Amateurs d'âmes*, es una España gris, gris clara,